

Maria Hinojosa

Productora, Escritora y Periodista

6 de noviembre de 2007.

Maria Hinojosa es reportera, y una galardonada presentadora de noticias, que cubre las historias no contadas de los Estados Unidos y destaca los temas críticos de hoy. En 2010, Hinojosa creó la Futuro Media Group, una organización independiente y sin fines de lucro, que produce periodismo multimedia para explorar y dar una voz crítica a la diversidad de la experiencia estadounidense. Como presentadora y productora ejecutiva del programa *Latino USA*, distribuido por la National Public Radio (Radio Pública Nacional. NPR, por sus siglas en inglés) y que fue galardonado con el Premio Peabody; y presentadora y productora ejecutiva del programa *America by the Numbers with Maria Hinojosa* de la Public Broadcasting Service (Servicio de Radiotelevisión Pública. PBS, sus siglas en inglés), ambos producidos por Futuro Media. Hinojosa ha informado a millones de personas sobre el cambiante panorama cultural y político en los Estados Unidos y en el extranjero.

La historia de Hinojosa abarca 28 años como periodista galardonada; incluye reportajes para las cadenas PBS, CBS, WNBC, CNN, NPR y CBS Radio, y su trabajo como presentadora del programa de entrevistas *Maria Hinojosa: One-on-One*, ganador del Premio Emmy. Es autora de dos libros y ha sido galardonada docenas de veces, incluyendo cuatro Premios Emmy, el Premio John Chancellor, el Premio Studs Terkel, el Premio Robert F. Kennedy y el Premio Edward R. Murrow.

La historia de vida de Hinojosa, así como la experiencia de sus padres al venir a los Estados Unidos, han servido para inspirar su misión como periodista: “tú debes adueñarte del poder de tu propia voz”.

Como periodistas, tenemos una responsabilidad. Por eso voy a compartir algunas historias de lo que he visto en primera línea. La primera historia que voy a contar es sobre cruzar la frontera por primera vez. Mi padre es médico; médico de investigación en otorrinolaringología. Estaba en México. Yo fui la cuarta hija; inesperada. A mi padre le habían prometido un trabajo en un hospital que estaba siendo construido por el gobierno mexicano. Iba a ser un hospital de investigación. Pero hubo un cambio de gobierno y el hospital nunca se construyó. Mi padre era, básicamente, un hombre que necesitaba trabajo. La Universidad de Chicago sabía de mi padre y, por lo tanto, le pidieron que por favor viniera a trabajar a la Universidad de Chicago. Mi padre dejó México seis meses después.

Tiempo después, mi mamá subió a un avión de la Ciudad de México con destino a Dallas, porque no había vuelos directos a Chicago en ese momento. La sola idea de mi madre subiéndose a un avión con cuatro hijos menores de siete años y sin hablar un inglés perfecto... Al principio de la década de 1960, yo tenía aproximadamente un año y medio de edad y una especie de irritación en la piel. Cuando llegamos a la caseta de inmigración en el aeropuerto de Dallas, un funcionario de inmigración de gran tamaño, le dijo a mi madre: “Bueno, ¿sabe qué? Los demás pueden irse, pero esta pequeña bebé tiene que entrar en cuarentena”. Mi madre le dijo: “No entiendo lo que ha dicho. ¿Podría repetirlo?”. Él le respondió: “Todos están bien, pero la pequeña bebé tiene que entrar en cuarentena”. Mi madre, que tiene una altura de cinco pies y no más, en ese momento, de alguna manera, encontró la fuerza para adueñarse de su propia voz como madre y nueva inmigrante en este país, y le dijo: “Bueno, eso no va a suceder. Mi hija no se quedará aquí. Ella viene conmigo, y todos tomaremos nuestro vuelo a Chicago juntos”. El funcionario se opuso, y dijo: “No, no, no. Usted no entiende. Es una cuarentena”. Mi madre le dijo: “Usted no entiende quién es mi esposo. Mi esposo es el Dr. Raúl Hinojosa de la

Universidad de Chicago; y vamos a tener que llamar al presidente de la Universidad de Chicago, y bla, bla, bla”. De alguna manera, me dejaron entrar.

Me encanta esa historia. Me enseña una de las esencias de mi trabajo, y de lo que trato de decirle a los jóvenes: aduéñate de tu propia voz, y aprende a adueñarte del poder de tu voz. También atribuyo mi comprensión de lo que es la democracia estadounidense, una vez más, a mi madre. No es que ella leyera todos los libros sobre cómo es una democracia, pero estábamos en la zona sur de Chicago, en la década de 1960. Me estaban criando allí como inmigrante mexicana. Había un entendimiento orgánico de que el Movimiento por los Derechos Civiles existía e involucraba predominantemente a nuestros vecinos afroamericanos. Mi madre entendió profundamente que esto era parte de lo que ella era, como una nueva estadounidense.

Cuando estaba en tercer grado, mi mamá escribió una carta a nuestros maestros, que decía: “Mis hijos no asistirán a la escuela hoy porque vamos a ir a escuchar a Martin Luther King”. Había otras madres en el aula, en la escuela, que habían hecho lo mismo; se generó algo de controversia. Cuando recuerdo ese momento de estar en un mitin en la calle, en Chicago, viendo a Martin Luther King, Jr., ese momento me dijo a mí cómo es la democracia; la esencia de cómo es la democracia. Algo que mi madre y mi padre nunca vieron mientras crecían en México; donde nunca votabas porque no había participación democrática. Mi madre entendió que esa era la esencia de ser ciudadano. Aunque, en ese momento, la única persona que era ciudadano estadounidense era mi padre.

Me mudé a Nueva York para convertirme en actriz y bailarina. Pero algo sucedió cuando fui a mi primera audición profesional. Tenía dieciocho o diecinueve años. No había mucho teatro latino en marcha. Hice una audición para una película, y fue una gran audición; pero el director me miró y me dijo: “Gran audición. Pero sabes, no estoy seguro. No eres lo suficientemente alta.

No eres lo suficientemente bajita. No eres lo suficientemente blanca. No eres lo suficientemente oscura. No eres lo suficientemente callejera. No eres lo suficientemente sofisticada. No eres lo suficientemente latina. No eres lo suficientemente estadounidense. Simplemente no sé cómo percibirte”. Algo en mí murió en ese momento. Le di el poder de quitarme el sueño de convertirme en actriz. Aunque Broadway sigue allí... Podría pasar... Nunca se sabe.

Me mudé a Nueva York en 1979 desde Chicago, que era una ciudad relativamente mexicana. Íbamos al barrio mexicano todos los fines de semana. Toda mi vida estuve cruzando fronteras; ya fuera desde Hyde Park, la comunidad donde crecí, al barrio mexicano; o desde Chicago a México cada año en automóvil; nosotros seis en una vagoneta. Es verdad. Debido a que yo había estado cruzando de norte a sur, supe inmediatamente que las cosas en este país iban a cambiar profundamente cuando vi mexicanos en el sur estadounidense. Fue un gran, gran momento para este país, y un gran cambio en algo que, por supuesto, ha tenido muchas, muchas repercusiones. Cuando llegué a Nueva York, en 1979, no había muchos mexicanos. Había como tres, y yo era uno de ellos. Tuve que empacar mis tortillas en cajas de Chicago, y congelarlas durante seis meses. Traía mi salsa y la congelaba, y también la almacenaba en la estantería. Algo más sucedió que, estoy segura, puede sonar polémico, pero para mí era muy liberador. Yo crecí teniendo muchos problemas alrededor de mi identidad, y definitivamente pasé por un momento en que me odié a mí misma; el hecho de no encajar nunca; nunca sentirme lo suficientemente americana, o lo suficientemente latina. Para cuando llegué a Nueva York, había llegado a un punto donde verdaderamente amaba quién era yo, como joven inmigrante mexicana que creció en Chicago. En Nueva York, me dije a mí misma: “Aquí no hay mexicanos, ¿qué voy a hacer?”. Fue un momento de aprendizaje; porque me enseñó la capacidad de también soltar nuestro

nacionalismo. Si bien el nacionalismo puede ser algo profundamente empoderador, también puede separarnos.

En Nueva York, abracé el panlatinoamericanismo. Comprendí que ya no era únicamente de México; yo era parte de un continente. Me hice amiga de gente de Puerto Rico, Colombia, Argentina, Cuba y Chile. No estar atada a un solo país, sino entender que era parte del universo, fue una experiencia asombrosamente liberadora. Al vivir en una ciudad como Nueva York, creo yo, me convertí en ciudadana del mundo.

Nunca pensé que podría ser periodista. Aunque fui a la Universidad Barnard (Nueva York, Estados Unidos) estudié Estudios Latinoamericanos, Economía Política y Estudios de la Mujer, no había nadie como yo, excepto Geraldo Rivera, que estuviera haciendo un buen trabajo en ese entonces. Ciertamente no había nadie como yo en la televisión pública o la radio.

Me involucré por primera vez con la radio en la estación WKZR, la estación de radio de la Universidad de Columbia. Luego, ante la insistencia de alguien de Barnard, presenté mi solicitud para una pasantía en NPR. Pero yo aún dudaba que podría hacerlo. En fin, me contrataron para la pasantía en NPR. Yo era la primera latina en la sede de NPR, en Washington, D.C. Aunque me encantaba producir para Scott Simon, inmediatamente comprendí que yo quería estar al aire. Quería contar mis propias historias. Me embarqué en un proyecto para hacer que esto sucediera. Me mudé a San Diego (California), y luego a Tijuana (México), pero en realidad trabajaba en la cadena KPBS en San Diego; cruzaba la frontera todos los días.

Eventualmente regresé a Nueva York, y me contrató NPR. En mis primeros dos años como reportera, pasaba mucho tiempo en el barrio del Bronx. En todos los lugares en los que he estado, siempre me han llamado jefa de la Oficina del Bronx porque me importa profundamente

el Bronx, porque ha sido muy difamado. Hacía historias acerca de jóvenes, crimen y violencia. Hice una historia sobre un tipo de heroína muy dañina. Se llamaba: “Buenos muchachos y Tango y Cash”. Era heroína muy potente. La gente moría. La gente moría en todas las áreas alrededor de la ciudad de Nueva York, no sólo en el Bronx. La gente moría en Westchester, en los suburbios de Long Island, Nueva Jersey, Connecticut. Al reportar esa historia, comprendí que la zona sur del Bronx había sido elegida un punto de mercado para la venta de drogas porque se puede entrar y salir fácilmente.

De cualquier forma, el punto de esto es que hice estas historias sobre la zona sur del Bronx y terminé visitando las oficinas de NPR, en Washington, unos días después. Una reconocida personalidad de NPR, que permanecerá sin nombre, se me acercó y me dijo: “Dios mío, Maria, esas historias que hiciste sobre la zona sur del Bronx fueron tan conmovedoras. Pero tengo que hacerte una pregunta. ¿No estabas aterrorizada de estar en esos vecindarios?” Le dije: “No. He vivido en esos barrios en el pasado”. La situación interesante era que a ella nunca se le había ocurrido preguntarme si estaba aterrorizada el primer día que puse un pie en la sede de la Radio Pública Nacional, en Washington, donde en realidad sí estaba aterrorizada.

Cuento esta historia porque siempre me gusta recordar que no todos vemos el mundo a través de la misma perspectiva. No significa que una perspectiva sea correcta y la otra esté equivocada; pero esa es la esencia de lo que son los Estados Unidos: una diversidad de perspectivas y experiencias. Es por eso por lo que nosotros, en los medios de comunicación, tenemos una grande tarea en hacer que nuestras salas de redacción sean diversas, porque representamos a todos en este país.

Utilizo momentos de enseñanza con mis hijos cada día que puedo. Esa es la manera de incorporar lecciones en la vida de uno. Uno de los momentos de enseñanza se deriva del hecho

de que me convertí en panlatinoamericanista y me casé con un hombre de República Dominicana. Espero que la gente respete esto, pero una cosa que hago es hablar de algunos de nuestros problemas internos: racismo, sexismo, homofobia, antisemitismo. Creo que nosotros como latinos debemos ser autocríticos en estos temas.

Cuando Germán era mi prometido, lo llevé a una boda en México. Germán es moreno y usa una coleta en el pelo y un arete. Es un artista, vegetariano, etc., etc. Mi familia hizo comentarios como: “Ni siquiera hablan español”. Incluso dentro de mi propia familia había prejuicios. Le dije a mi familia que Germán había crecido con Juan Luis Guerra, y diseñado la portada del álbum más reciente de Guerra. Entonces fue como: “¿Juan Luis? Te amamos, Germán”. Es chistoso que deba contar esta historia, porque Juan Luis va a recibir un Premio Grammy esta noche. Germán, de hecho, verdaderamente era viejo amigo de Juan Luis.

Germán y yo estamos criando dos hijos en Harlem. Tengo sentimientos muy fuertes con respecto a mi relación con la comunidad afroamericana. Yo creo que es responsabilidad de todos aquí actuar en respuesta a esta crisis, porque aparte del tema de la inmigración, que, por supuesto, es enorme, el tema de las relaciones entre los afroamericanos y los latinos, creo, es fundamental para lo que va a suceder en el futuro de este país.

En cuanto a mis momentos de odio a mí misma, yo era Maria de Lourdes Hinojosa-Ojeda, pero quien verdaderamente quería ser, cuando estaba creciendo, era Randy Kalish, Susie Golfer o Lisa Tim. Pero no, yo era Maria de Lourdes Hinojosa-Ojeda. Odiaba mi nombre. Ahora, por supuesto, me encanta, a pesar de que recibo correspondencia de odio. La gente escribe para decirme: “¿Por qué dices así tu nombre? ¿No puedes americanizarlo?”. Este ejemplo es, probablemente, uno de los puntos altos de correspondencia de odio que recibo. Es parte de los tiempos en los que vivimos.

¿Qué hacemos con nuestros hijos? Bueno, tomas una tradición que tal vez no te gustaba, tal vez tenías un problema con ella tal vez querías estar lejos, y a medida que envejeces, cambias de parecer: “Sabes, me encanta esto”. Mi hijo es Raúl Ariel Jesús de Todos los Santos Pérez-Hinojosa. Mi hija es María Yurema Guadalupe de los Indios Pérez-Hinojosa. Se los voy a preguntar antes de irnos. Pero, con mis hijos, es la vida real. Así que, cuando el paisano toca a la puerta para entregar la comida china, hay un reconocimiento: “¿Qué pasó, paisano? ¿De dónde eres? Entra”. Por lo general, el paisano reacciona: “Vaya, alguien me está reconociendo. Alguien me está hablando”. Sí, yo hago eso. Cuando veo a una mujer que se encuentra en la calle 72 y Columbus, con unos aretes hermosos, que sé que son de Oaxaca, y estoy con mis hijos, empiezo a hablar con ella. Le digo: “Señora, ...¿De verdad? ¿Y cuántos idiomas habla?” “Oh, hablo español, zapoteco, mixteco...” Le digo a mis hijos: “Mira esto. Aquí hay alguien que está hablando idiomas que tienen cientos y cientos de años de antigüedad, que existieron antes de que existiera el inglés. Ella está parada justo aquí”. Les digo: “Su responsabilidad de permanecer bilingües es porque ustedes tienen la responsabilidad de ayudar a aquellos que son cuatrilingües en otros idiomas, pero que no hablan inglés. Aprender español es algo de lo que deben sentirse orgullosos, pero también saben que es algo que pueden usar para ayudar a quienes son menos afortunados que ustedes”.

Por último, permítanme hablar de lo que siento acerca de dónde estamos parados hoy, en los Estados Unidos. Cuando estaba escribiendo mi discurso, me dije: “Podría no pasar todo este tiempo hablando de mí”. Creo firmemente que el momento histórico en que vivimos es crucial. En el pasado, ya he sentido la urgencia por contar historias; pero hay una urgencia que siento ahora que es como un fuego que me está haciendo avanzar.

Algo me pasó hace un año y medio, cuando estaba en Indiana cubriendo una historia sobre el papel que estaba jugando la inmigración en las elecciones de mitad de mandato. Ahora, estás pensando “Inmigración, gran historia, y elecciones intermedias. Ella debe haber ido a un lugar en el suroeste; tal vez algún lugar en el sur. Indiana, semillero de inmigración. ¿Indiana? No, sé que eso no puede estar correcto.” Hay un 4 % de población latina en el estado de Indiana, pero la inmigración era el tema sobre el que se estaban postulando republicanos y demócratas; los demócratas aún más ruidosamente que los republicanos.

Nos habían advertido que un área de Indianápolis, llamada Little Mexico (Pequeño México), era peligrosa. Sin embargo, descubrimos en nuestra investigación que la tasa de criminalidad era inexistente. Allí entrevistamos a una mujer, una madrina, que llegó indocumentada hace 35 años a Chicago, que ayudaba a nuevos inmigrantes. Ella y su hermana se hicieron ciudadanas estadounidenses. Su hermana es republicana, y ella es demócrata. Fascinante. Cuando nos íbamos, salió corriendo a mostrarme algo que había olvidado mencionarme: era un pedazo de papel que todos los dueños de tiendas en Little Mexico habían encontrado pegado en sus ventanas. Era un folleto escrito a mano con marcador, que decía: “Se buscan: Ciudadanos Americanos Armados para cazar extranjeros ilegales que el gobierno no va a atrapar”. En Indianápolis. Es horroroso. El hecho de que informemos sobre noticias de violencia racial, que ya es horroroso, pero no parecemos tomar en serio estas amenazas, es un problema. Creo que lo que está operando en este momento es la cultura del miedo. Es el miedo al Otro.

De hecho, si Samuel Huntington de Harvard hubiera logrado que se hiciera a su manera, yo soy la persona más temida aquí porque mantuve contacto con mis raíces mexicanas, porque primero soy mexicana. Samuel Huntington es un ataque contra mexicanos. Soy mexicana. Me mantuve en contacto con mis raíces. Soy bilingüe. Viajo de ida y vuelta. Me mantengo

culturalmente consciente de mi propia experiencia. Todo ello, según Samuel Huntington, van a destruir los Estados Unidos. Destruirlos.

En la cadena CNN entrevisté a Samuel Huntington. Le pregunté: “Profesor Huntington, ¿tiene muchos amigos inmigrantes latinos? ¿Pasa tiempo con muchos de ellos? ¿Habla con ellos?” Él acababa de escribir un libro entero sobre inmigrantes latinos, así que yo quería saber cómo obtuvo su información. Él dijo: “Bueno, en realidad no. No paso tiempo con muchos latinos”. Entonces, le dije: “En todos mis años cubriendo la inmigración, ni una sola vez un inmigrante me ha dicho: «¿Aprender inglés? ¿Quién quiere aprender inglés? Odio el inglés. Yo quiero que todo el mundo hable español»”. He oído a la gente decir: “Quiero aprender inglés, pero...” Bien, si ustedes han visto lo difícil que es aprender un nuevo idioma cuando trabajas seis días a la semana, doce horas al día, y entonces el domingo es el único día que tienes que recuperarte, es difícil. Le dije: “Sabe, nunca he oído a ningún inmigrante decir: «Oh, sí, crucé esa frontera para reconquistar mi tierra, ya sabes, la Reconquista»“. Porque he estado en la frontera. He entrevistado a cientos de inmigrantes, y nadie me ha dicho nunca: “Oh, sí, estoy aquí por la Reconquista”.

No entiendo cómo podemos tener un país donde el Otro sea tan temido.

Cuando pienso en lo que está pasando ahora, esto no es únicamente un movimiento antiextranjeros ilegales; este es un movimiento antiinmigrante y es un movimiento antilatino que debe enfrentarse de frente. Porque, al mismo tiempo que los medios de comunicación toman decisiones para inclinarse por lo divisivo, irónicamente, eso nos da otras opciones. ¿Saben quién es el personaje infantil con mayor audiencia en la historia de la televisión? *Dora, La Exploradora*. Diez mil millones de dólares. Probablemente eso fue ayer, así que hoy es, probablemente, once mil millones en *Dora, La Exploradora*, un personaje de una latina bilingüe.

¡Qué miedo! ¿Verdad? Mucho que temerle a *Dora, La Exploradora*. ¿Cuál es el programa de televisión más popular, lo siento, me encanta, el nuevo programa de televisión más popular que hay? *Yo soy Betty, La Fea*. *Yo soy Betty, La Fea* abrió la puerta y ellos están entrando a través de ella. Fascinante.

No sé cuántos de ustedes vieron el episodio en el que hablaron los dos actores cubanos. Claro que ni un mexicano entendió lo que estaban diciendo, porque hablaban español cubano, lo cual me parece todavía más fabuloso porque significa que se están esforzando verdaderamente. Te lo juro. *Yo Soy Betty, La Fea* es genial con los niños. Pero la operación de cambio de sexo; tener esa conversación con mi hija de nueve años, un poco difícil. Un poco difícil.

Me burlo, pero no puedo ignorar el hecho de que estamos viviendo en unos Estados Unidos donde la gente tiene miedo de una llamada a la puerta sin una orden judicial; donde pueden venir y arrestarte, y deportarte en un periodo de veinticuatro horas. Dejas atrás a hijos e hijas que nacieron en los Estados Unidos. Esto no es sólo antiinmigrante y antilatino; esto va en contra de los más básicos derechos civiles y humanos; una situación que ha sido creada en este momento. Al mismo tiempo, cuando estaba entrevistando a Paul Cuadros, un periodista que vive en Siler City, en Carolina del Norte, dijo: “Todo el mundo habla de la invasión”. Había reclutadores del sur que iban a México a buscar mano de obra barata. No fue una invasión sorpresa masiva. Hubo una coordinación. Tienes razón, Paul. Yo fui la primera reportera en entrar en la Smithfield Foods Corporation, la planta de procesamiento de carne de cerdo más grande del mundo, donde trabajan muchos latinos indocumentados, y donde matan a treinta mil cerdos al día. Uno cada ocho segundos. Ellos quieren a esos trabajadores allí, porque son baratos.

No puedo como periodista sentarme, doblar las manos, y no contar estas historias. Esa es la urgencia que siento. Quiero saber qué tienen que decir los candidatos presidenciales, que

defienden los valores familiares acerca de separar familias, separar niños y niñas, niños y niñas que nacieron en los Estados Unidos, separarlos de sus padres. Planeo preguntar eso. Cuando entrevisté a Hillary Clinton después de que hizo el debate en español, le pregunté: “Como abogada, ¿cree que existe tal cosa como un ser humano ilegal? Si no lo cree, ¿estará preparada para no usar ese término en su campaña?”. Ella respondió algo medio confuso, pero luego, por supuesto, surgió durante el debate.

Los voy a dejar con dos pensamientos. Yo dejé de usar el término inmigrante ilegal o extranjero ilegal, pero no porque conocí a algún profesor latino radical. Vino de alguien que lucía completamente distinto a mí, y que tenía una experiencia completamente distinta a la mía: Elie Wiesel, sobreviviente del Holocausto y ganador del Premio Nobel de la Paz. Él dijo: “No existe tal cosa como un ser humano ilegal. Pueden haber cometido un crimen, pero, una vez que los etiquetas como ilegales, así fue exactamente como comenzó el Holocausto”.

Los voy a dejar con esta historia final que cuento casi en todos mis discursos porque es edificante. Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, que fue la historia más difícil de informar para mí, y que me cambió como madre y como periodista, supe inmediatamente, en cuestión de horas, que había inmigrantes indocumentados entre las víctimas en las Torres Gemelas. En el transcurso de dos días, tuve la historia de Julia Hernández cuyo esposo, Antonio Meléndez, había muerto allí. Él trabajaba en el restaurante Windows on the World. Hicimos una historia en el Bronx dos días después del 11-S, y todos llorábamos. Es muy raro que un equipo de CNN tenga al camarógrafo, al hombre de sonido, yo misma, a mi productor, a toda la familia, todos nosotros llorando. Pusimos la historia en el aire y obtuvimos respuesta. A Julia le enviaron cartas y tarjetas y fue muy edificante saber que sí, el resto del país se identificó con nosotros como neoyorquinos. Un par de meses más tarde, en diciembre de 2001, sonó el teléfono de mi

oficina. En el otro extremo de la línea había un hombre que dijo: “Hola. ¿Es esta Maria *Hi-nojowsa*?” Le dije: “Hinojosa. Sí”. “Hola, Sra. *Hi-nojowsa*. Mi nombre es A. J. Dinkins y soy peluquero originario de Carolina del Sur, pero vivo ahora en Augusta, Maine. Yo vivo aquí. Soy peluquero, y mi pareja, Rudy, es granjero. Acabamos de recaudar varios miles de dólares en nuestra iglesia para la familia de Julia Hernández. Quisiera ir a entregar este dinero y estos regalos a la señora Hernández, pero, Sra. Maria”, dijo, “nunca he estado en Nueva York y nunca he estado en el Bronx. ¿Podría encontrarse conmigo en el aeropuerto, y llevarme a ver a Julia Hernández?”. Yo dije: “A. J. Dinkins, estaré allí, pero voy con un equipo de cámaras porque voy a hacer esta historia”. Hicimos la historia de A. J.; peluquero gay, con el pelo teñido de rojo para Navidad. Y nos fuimos al Bronx. A. J. no había conocido a ningún mexicano antes, y Julia nunca había conocido a un hombre gay blanco para el que no trabajara. Allí estábamos en el Bronx, mi amado Bronx, y fue un festival de amor. Quiero decir, ¿quién habría pensado que esta gente, que no tenía nada en común, encontraría este amor? Y lo hicieron. Fue hermoso. Cuando A. J. se iba, dijo: “Oh, Dios mío, quiero invitar a toda la familia Hernández a venir a mi granja en Augusta”. Dije: “Eso es algo maravilloso, y veremos si sucede”.

Seis meses más tarde, sonó el teléfono, y era A. J.: “Hola Maria, ¿puedes traer a tu esposo e hijos a Augusta, Maine? Porque acabo de invitar a Julia Hernández, los cuatro niños más un primo, a pasar una semana en mi granja en Augusta”. Yo dije: “A. J., no voy a llevar a mi esposo e hijos, pero estaré allí con una cámara porque voy a contar tu historia”.

Nunca había estado en Maine en el verano, pero sé por qué les gusta a los Bush. Es hermoso. Impresionante. En 2002, todavía era bastante homogéneo: blanco. Creo que eso ha cambiado en los últimos años. No sé si pueden imaginarse; ahí estábamos, este grupo tan variado: Julia, cuatro niños mexicanos y el primo; A. J., que se había teñido el pelo rubio; Rudy,

el granjero de seis pies y cuatro pulgadas de altura, en su overol; yo, mi camarógrafo, un hippy con coleta en el pelo; y mi técnico de sonido afroamericano. Todo el mundo nos miraba en Augusta, Maine. “¿Quiénes son estas personas, y por qué están tan felices?” Porque para lo único que estábamos allí era para ayudar a estos niños mexicoamericanos, los cuatro ciudadanos estadounidenses, a olvidarse del hecho de que su padre había resultado muerto hacía un año. Cuando me adentro en mis momentos de tristeza, lo cual sucede a menudo, mi esposo me dice: “Sabes, hay gente que quiere contar estas historias, pero tú siempre contarás estas historias de tristeza”. Tal vez sea verdad, pero me conmueve porque quiero encontrar la humanidad en todas ellas.

Tengo esta foto mía con A. J. y Julia Hernández, y un hermoso y prístino lago en Maine detrás de nosotros. Lo que simboliza, para mí, es que hay personas que están preparadas para salir de su zona de confort para extender una mano al Otro, al que es tan temido. Son personas que están dispuestas a cruzar fronteras dentro de su propio país, dentro de su propia patria, dentro de sus propias comunidades. Julia cruzando la frontera, para llevar a su familia a la casa de una pareja gay durante una semana. A. J. dispuesto a abrir su casa a una familia básicamente de extraños, y a nosotros para contar la historia.

Tenemos la responsabilidad de no callarnos más y trabajar en estas cuestiones, de no tener miedo a repudiar. Este es un momento decisivo en la historia. Todos nosotros aquí, no sólo los que estamos en los medios de comunicación, todos nosotros, todos ustedes son líderes y deben, yo lo creo así, participar en este diálogo.